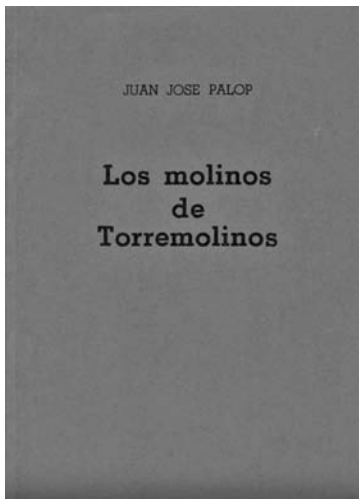


PALOP, Juan José, *Los Molinos de Torremolinos*, Ayuntamiento de Torremolinos, 2006, 2ª. edición, 2006. 68 págs.

*Francisco José Rodríguez Marín
Dptº. de Hª. del Arte de la UMA*



El Ayuntamiento de Torremolinos ha tenido el acierto de patrocinar la edición facsímil del breve, pero interesantísimo librito, que el periodista especializado en temas turísticos Juan José Palop publicó en 1970. No pueden obviarse las circunstancias en la que esta obra vio la luz, tan distintas a las del momento presente: una ciudad sin universidad, con muy escasas personas interesadas en la investigación y una recién nacida Costa del Sol que pugnaba por crecer, desarrollarse y darse a conocer.

Hace casi cuarenta años, cuando esta documentada obra apareció, de disciplinas como la Arqueología Industrial jamás se había oído hablar en estas tierras, y conceptos como el de energía renovable, no existían. Pero a estos y otros actuales conceptos habría que acudir para definir el libro que tiene un nombre coincidente con el de la localidad más internacionalmente conocida

de la costa malagueña.

Y es que este es precisamente el origen y *leit motiv* de esta investigación: promover el conocimiento de los orígenes históricos y urbanísticos de Torremolinos en un momento en el que los profundos y rápidos cambios urbanos transformaban la fisonomía de esta localidad turística. En aquellos tiempos de economía institucional nada boyante, se acudió precisamente a las industrias turísticas como patrocinadoras de la edición. En justa correspondencia, una serie de páginas se destinaron a ensalzar la modernidad, confortabilidad y

suntuosidad de las instalaciones hoteleras y de ocio que ya por entonces daban prestigio a la entonces barriada de Málaga. Hoy, desaparecidas unas y transformadas otras, esta lógica servidumbre viene a revalorizar el interés del libro, que se ha convertido en un testimonio literario del Torremolinos de comienzo de los años setenta del pasado siglo.

Y es que con la excusa de los molinos, se hace también una sucinta historia urbana de una localidad que hasta la llegada del turismo de masas consistía prácticamente en una serie de casas alineadas a uno y otro lado de la acequia o *cau* de los molinos (la actual calle San Miguel) y algunas modestas chozas de pescadores en la zona conocida como el Bajondillo.

En la actualidad, cuando la crisis energética y económica obliga a invertir en costosos estudios que permiten ahorrar energía y que esta sea lo más limpia posible, sorprende la eficacia de un sistema de aprovechamiento del agua que permitía poner en funcionamiento 17 molinos con un mismo cauce, en el que cada molino la recibía del que se situaba en una cota superior y la traspasaba al situado por debajo. Desde el Molino de Inca (el primero, situado junto al manantial), al del Peligro (junto a la línea de costa), cada uno de ellos cuenta en el libro con un apartado que nos informa de sus propietarios, superficie, características constructivas y sistemas de molienda.

Hasta que la obra de Juan José Palop vió la luz, nada se sabía de la principal seña de identidad de la localidad: 18 molinos (17 de ellos alineados) y una torre vigía que se encargaba de aportar seguridad a la escasa población de la zona. El croquis aportado por el autor resulta esclarecedor para comprender una realidad que hoy resultaría imposible de adivinar en la actual configuración urbana.

Pero no debemos caer en la simpleza de echar toda la culpa al turismo. Los expedientes de expropiación –que fueron meticulosamente consultados por el autor-, nos rebelan la decadencia en la que fueron cayendo estas industrias en otro tiempo absolutamente vitales para la cercana ciudad de Málaga. Desde que en 1876 se inició la expropiación de las aguas del manantial de la Cueva (concedidas a Málaga por los Reyes Católicos en 1488), la actividad transformadora del cereal languidecía al igual que en otros muchos puntos del país. Algunos subsistieron molturando mineral de hierro o sal, y cuando en 1923 se culminó el proceso de traída del agua hasta la ciudad, muchos de ellos hacía tiempo que ya no eran sino viviendas que habían perdido los elementos propios de la molinería.

Hoy, ni siquiera las viviendas que aún perduran resultan reconocibles, pues la mayoría ha sido demolida o muy transformadas. En aquellos años en los que el país afrontaba el periodo conocido como “desarrollismo”, no existía planeamiento urbano ni la legislación nacional apostaba por proteger lo que se juzgaba como modestos ejemplos de la arquitectura popular que bien podían sacrificarse en pos del desarrollo económico y social.

Hoy este escenario recreado por Palop no puede reivindicar una realidad patrimonial tangible, sino una memoria y un recuerdo. De ahí que para preservar esta memoria el Ayuntamiento de Torremolinos promoviese la realización del Parque Botánico Molino de Inca, inaugurado en 2003, que integra el manantial de la Cueva y la reconstrucción del

desaparecido molino y de sus sistemas de molienda con rodezno hidráulico. Son escasos los vestigios históricos originales pero grande, por otra parte, su valor didáctico y representativo de lo ya irremediabilmente perdido.

De ahí que afirmase al inicio de mi reseña que esta era una obra que había ganado con los años, y su fácil y amena lectura tiene la virtud de transportarnos a un pasado histórico reciente que se nos fue de las manos de forma demasiado rápida para que nos percatáremos de ello.